

CuentoMeTrajes

Estilo original de don Eduardo Germán María Hughes
Plagio estilístico realizado por José Francisco Puello-Socarrás

Dedicado a don Eduardo Germán María Hughes



Teorías (y) prácticas

Es Antonio Ferrufino, el último de los mineros perteneciente a una numerosa familia que por tres generaciones, como tantas en Bolivia, fueron alimentadas a base de minerales. Antonio nos guió hasta el corazón de este continente: el Cerro Rico de Potosí. Una vez salimos desde nuestro punto de encuentro y hasta llegar al lugar de destino frente a las bocas de piedra que se tragan día tras día cientos de miles y diminutos hombrecillos que penetran la Mina de Plata, Estaño y Zinc explotada por la cooperativa a la cual él perteneció por más de tres lustros, y a doscientos metros de profundidad, por fin, nos enseñó la montaña; luego nos enseñó la mina. Pero también añadió otras enseñanzas. La más larga y que tal vez por eso mejor recuerdo con relativa nitidez fue aquella lección que desafortunadamente aún sigue desaprendida sobre el salvajismo del Capital en Bolivia. Como en muchos otros lugares de Abya-Yala - siempre rectificaba Antonio en quichua - aquél vino a sembrar soledades de explotación y miseria y cosechar el hambre de la muerte. En varias ocasiones, suspiró palabras sobre los buenos tiempos del 53^o y desde ahí empezó a citar entre comillas su propia vida de memoria. En dos oportunidades adornó su sermón con un par de frases de Durkheim y otras tantas con acertadas observaciones que, según él, ya no le pertenecían, y por esa noble razón, se las atribuía con precisión bibliográfica a Marx. Pocas veces yo había tenido una lección de tanta y con tanta profundidad; esa a la que casi nunca llegan los libros. Le repetí con inconsciencia e insistencia que no se me habría ocurrido que una de las mejores lecciones sobre neoliberalismo, un tema al cual, creía yo, llevaba varios años dedicado, la vida me la regalaría aquí. Pero ocurrió. Y entendí por qué. Me contó que en su niñez, su padre, un dirigente minero que murió a causa de la enfermedad que le otorgó el destino de su vida - y por eso mismo, me insistía Antonio, “*antes que ser dirigente, mi padre, era un minero*” -, cuando precisaba reprimirlo, le extendía sobre sus dos manos un libro.

Qhatuschej chakisarukunanta / Recordando todo esto
Ripusqankunawan / Seguiremos las huellas¹

Potosí (Bolivia), 18 de abril de 2013.

¹ Extracto del poema *Abya-Yala*.

Definiendo El Arribismo (intentona # 5)

En Colombia según la estadística desapareció la clase media. Somos muchísimos los pobres, se han multiplicado por miles los empobrecidos, y los ricos, en cambio, por un número muy cercano a cero. Sin embargo existen aquellos que rechazan y contradicen cualquier evidencia. Inclusive la estadística. Y siendo de los primeros dicen pertenecer a los últimos. En Colombia según la estadística efectivamente desapareció la clase media. Ahora existen los “mediopelos”.



Catastróficas

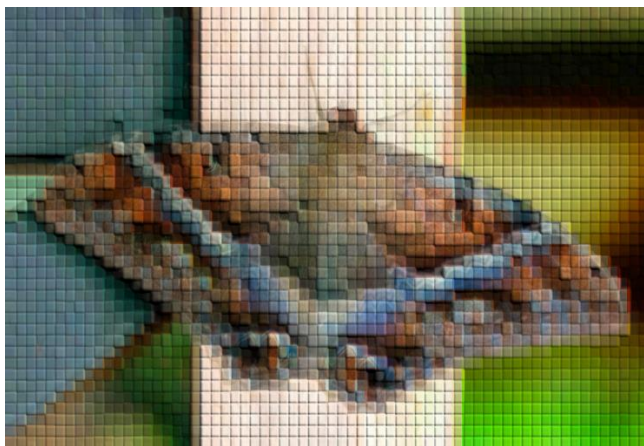
Descolgando su anticuada cámara de fotografías del horizonte, Santiago Carrillo pensó: “*es una lástima*”. Ya lo había fotografiado varias veces. Pero el cerro ese día resplandecía como nunca. Como ningún otro cerro, como ningún otro día. Pero el panorama recientemente había sido interrumpido. Mejor dicho: intervenido. En pleno siglo XXI nadie podría decir que las catástrofes son naturales. Son humanas. Sobre todo: políticas. En Jujuy, ciudad capital de la provincia al norte de la Argentina que lleva su mismo nombre, los tecnócratas del escritorio, sentados cómodamente a miles de kilómetros de distancia en la centralidad del país, decidieron asentar un proyecto de vivienda de interés social en las adormecidas y turbulentas orillas de una montaña. El nuevo barrio que interrumpió para siempre el encuadre fotográfico de Santiago, además fue ubicado en medio de una frontera difusa entre Tilcara y Maimará, dos municipios que desde ese momento se encendieron en una feroz disputa por quién se quedaría con la jurisdicción de Sumaipacha y, por supuesto, con sus votos. Gran ironía. Sumaipacha se contempla de cabo a rabo desde una inmemorial Pucará que desde tiempos también ancestrales, fungía como un sitio de paz en la quebrada de Humahuaca. Tras siglos, y siglos de los siglos, el aroma de plenitud ahora fue manchado por la antropofagia electoral de la política local moderna. Empero, el problema era otro y bastante más grave. Sumaipacha fue construida en un cono de deyección, un abanico aluvial en el pie del monte. Sumaipacha fue técnica, tecnocráticamente construida para ser tragedia. Todo esto se lo decía Santiago a don Filiberto Mamani, un anciano poblador quien miraba silenciosa y fijamente hacia la montaña. Mientras tanto Santiago se movía de un lado a otro intentando disimular sin éxito la incomodidad que le generaba no poder anular el barrio del encuadre de su lente. Después de varias tomas y de una veintena de fotos, Santiago se fue despidiendo. Don Filiberto, silencioso y fijo, seguía contemplando la montaña. Cuando Santiago se dio vuelta para continuar con su camino, escuchó el susurro rabioso, sabio e irónico de don Filiberto: “*Hum! Y cuando el cerro se enoje...*”.

Jujuy (Argentina), 16 de abril de 2013.

Definiendo El Arribismo (intentona # 3)

Lumpen-electorado. *Masa informe, difusa y errante* que se autodenomina gente *de bien*² y la cual, rito electoral tras rito electoral hace gala de la más peligrosa de todas las ignorancias: la política.

² Paráfrasis de una frase del “18 Brumario de Luis Bonaparte” de Marx y Engels.



Zé Žiko, alimentador de mariposas

Entusiasta de los oráculos, perseguidor de pronósticos, sefardí y cabalista sin remedio, obsesivo rectificador de horóscopos, Zé Žiko abandonó su más reciente laburo cinco días después que Sirio reencontrara nuevamente su lugar habitual en Orión justo al cumplir un ciclo solar. Por eso pensó: “no puede ser simplemente una coincidencia”. Según Zé Žiko, un par de semanas atrás - más exactamente: una noche de verano - un torbellino abigarrado de hojas caídas lo había sorprendido llegando a casa. Entre la intempestiva hojarasca y el barullo, y en una lengua muerta que él aún sigue sin identificar, el viento le había susurrado la obligación de servir como alimentador de mariposas. Así fue. Los días siguientes, con sus respectivas noches y madrugadas en que las que sirvió como tal, Zé Žiko fue un laborante impecable; siempre fue - decía recitando mentalmente en voz en *off* un poema - un prófugo *operario en construcción*. A los pocos meses Zé Žiko ya había ganado suficiente fama entre sus conocidos más cercanos hasta el punto que varios vecinos lo consideraron el mejor alimentador de mariposas de los alrededores y, de hecho, recibió y rechazó simultáneamente varias ofertas. Era cierto. Con cada despertar, Zé Žiko reforzaba un ánimo bizarro pero inquebrantable fiel a ese oficio. Por eso, él siempre dijo que por encima de todo era la fe que llegó a profesar por su nueva (aunque lo supo siempre: también pasajera) profesión, lo que debía ser rescatado, venerado. Rumores locales más recientemente han confirmado esa noticia. Incluso se ha podido contabilizar con la exactitud de un ábaco que, a falta de pocos segundos, fueron casi setenta y siete días cargados de euforia en los que Zé Žiko pensó dedicarse provisionalmente pero por el resto de su vida alimentar mariposas. Este enmarañado asunto empezó la última noche de primavera. Más exactamente: se sincronizó con el cenit y el cambio que anuncia el equinoccio. Últimamente se ha establecido que este acontecimiento estuvo definitivamente influenciado por una casualidad cósmica. Ese día, el día se había alargado como hace mucho no lo hacía. Una tormenta galáctica, sutil pero literalmente, había desgajado el tiempo y el espacio del universo para siempre. Y aunque pocos lo supieron, ese día - o mejor: esa noche - fue la noche más larga y la menos oscura de todo este siglo. Al llegar a su posada Zé Žiko advirtió que una mariposa negra, del tamaño de su mano abierta, tal vez un poco más grande, se había posado en su cortina. La confirmación de su destino - pensó Zé Žiko - estaba dictada: desde ahora no tenía otra opción sino dedicarse alimentar mariposas. Por un momento al día siguiente pensó que todo había sido una trama generada por la falta de sueño y de sueños, y que la decisión ya tomada era una locura. Pero después y rápidamente esta idea se disipó. Vio que otra mariposa,

exactamente del tamaño de su mano abierta, tal vez un poco más grande, estaba en el mismo lugar en que había visto la mariposa negra la noche anterior. Estaba equivocado. Se trataba de la misma mariposa. Era negra durante la noche pero con la luz del sol en el día, la mariposa se tornaba tornasol, técnicamente de color. Dependiendo del lugar fijo desde donde se le mirara, se podían divisar todos los colores puros del arcoíris. Zé Žiko pronto descubrió que reteniéndola fijamente y sabiendo caminar ciertos trayectos - eso sí: sin parpadear, sin perderla de vista - no resultaba difícil descubrir interminables combinaciones. En varias oportunidades le inquietó no encontrar un nombre preciso que se ajustara con las liminares coloraciones. En adelante, al levantarse, al salir de su casa, al llegar y al acostarse (sobre todo, con absoluta puntualidad en las noches de insomnio, cada vez que doblaban las campanas de una iglesia cercana que religiosamente anunciaba el cambio de horas), Zé Žiko entraba sigiloso y descalzo en la sala de su casa, intentando no provocar demasiados aspavientos, y se acercaba a la mariposa. La acariciaba con un silbido ligero, casi imperceptible que le provocaba tímidos aleteos. El repetido acto se convirtió en rito. Aunque se notaba que la mariposa, a veces, aleteaba amenazante como advirtiendo la traición del viento o atreviéndose efectivamente abandonar su sitio. En un par de oportunidades la mariposa revoloteó alrededor de la luz de la cocina. Giraba fulgurante, con ritmos inconstantes y siguiendo elípticas bien definidas, como si estuviera celebrando alguna felicidad por fin encontrada. Enseguida volvía al cuadro estático donde Zé Žiko siempre la esperaba como si por anticipado ella ya tuviera marcado el sendero, volando por intervalos, casi cayendo. En una noche lluviosa de luna llena, queriendo alcanzar la fascinante luz del peón astro, la ilusa mariposa despertó a Zé Žiko con el ruido que provocaba estrellarse mil y una veces contra el cristal de la ventana. A pocos días de acomodarse Sirio en su sitio habitual, apareció el mortal augurio. Zé Žiko supo, o quiso por fin saberlo que el tornasol de la mariposa lentamente se iba y su fe, antes intacta, se desvanecía en sepia. Poco a poco, la mariposa se fue perdiendo, y él también la fue dando por pérdida. Ella, sin embargo, insistía. Regresaba a su lugar habitual, volando por intervalos, casi cayendo, sin mayores revoloteos. Zé Žiko supo que entonces la suerte estaba echada; tal vez mejor: postrada; la decisión, tomada. No debía seguir alimentando más ilusiones. En la penúltima oportunidad, optó por acabar con todo, sin éxito. Una escoba y varias improvisaciones revelaron su falta de destrezas en la pretendida esgrima. Pero la mariposa insistía. No logró espantarla ni deshacerse de ella. Cinco días después, después del último suspiro, el silbido tenue, la última caricia, no reparó en apagar las luces de su sala, juntó las cortinas, abrió las puertas y las ventanas que permanecían aún entreabiertas, y la mariposa en un instante e instantáneamente emprendió el vuelo. Fue a buscar otra luz. Esa fue la última vez que Zé Žiko – recuerda - alimentó una mariposa técnicamente de color.

Bogotá (Colombia), 26 de marzo de 2015.



Susana Sarandí, Calibana

Y ahora yo busco esa memoria
Y la miro y pienso que era falsa
Y que detrás de la despedida trivial
Estaba la infinita separación

Jorge Luis Borges, *Delia Elena San Marco*

“Putá que pariu!”
“Bastard to you, you big hell!”
“Andáte a la concha de tu madre!”
“Quel salop!”
“Hijueputa!”
“Arschloch...”.

Le gritaron, siempre.

Caminó en total más de siete leguas. Casi le había dado la vuelta al mundo. Fue inútil.

Intentaba huir. Pero por más que huía, sabía que ya para esa época se tenía por demostrado científicamente que tiempo y espacio -a diferencia de un par de siglos atrás- eran inescindibles.

El conjuro, lo condenaba.

Una mujer había sentenciado, muy claramente: “para siempre”.

Entusiasta, como lo era, pensó que la malinche voz aplicaría para todo el tiempo pero que esas palabras ignorarían cada lugar.

Paddy García fue uno de los primeros condenados al insulto anónimo, gratuito y permanente de la gente. Su crimen: haber perpetrado una traición de desamor.

Extrañamente Paddy despertaba en cada persona -incluso en aquellas que apenas lo habían percibido- un sentimiento inexplicable que sólo podía aliviarse a través de la denigración rabisalsea.

Algunos de sus vituperantes lo justificaban asociando su insólito espontáneo enojo con una extraña sensación de ardor -exactamente debajo del estómago- que les provocaba una antipatía indomeñable, dicen, y que se desarrollaba súbitamente con el simple contacto visual.

Otros, argumentaban, el fenómeno enigmático se debía al simple hecho que García siempre les parecía un forastero muy sospechoso; en varios lugares, afirmaron que era un personaje anticipado el cual, desde un supuesto “más allá”, venía a cobrar deudas impagas, vengar muertes y, en el mejor de los casos, adornar con latrocinios sin sentido las tranquilas geografías locales.

En una ocasión, resistiendo épicamente el sinsabor que lo acompañaría toda la vida, Paddy como ave de paso por una de las angostas calles de Resistencia, la ciudad más compasiva de las que se encuentran en el Chaco argentino, advirtió que una joven que se asomó tímidamente por un balcón, no vociferaba mal-palabra alguna, tal y como él ya estaba más que acostumbrado.

Fue la única persona que se apartó de la injuria, y por eso, para Paddy resultó tan resplandeciente que resaltaba entre la marea de ruidos que convocaba la multitud.

Muy por el contrario, encontró en ella un murmullo piadoso que lo rescataba a través de esa mirada.

La joven se llamaba Susana Sarandí. Fue rebautizada después de haber ya sido bautizada con la sola excusa de ensayar una especie de traducción calibana, para honrar su *alter ego* sajón que aparecía continuamente en varias películas que habían llegado al *city* pueblo.

La única diferencia que mediaba entre la criolla y la sajona es que una vivía mientras la otra -aún joven- ya había muerto.

García dejó pasar el feliz alivio de aquel momento, aunque siguió reproduciendo mentalmente la imagen de ese recuerdo varias veces, varios meses.

Por un instante, pensó -erróneamente- que se trataba de una primerísima señal que su maligno destino, poco a poco, no podía durar tanto y por fin se convencería de desvanecer. Igual no lo averiguó. Y, así, el misterio hallado fue paulatinamente evaporándose de su cabeza.

Nunca supo -ni tenía por qué saberlo (ella tampoco)- que en 1542, cuando Postdam no era Postdam, y la mayoría de sus pobladores la nombraba caprichosamente: *Poztupimi*, él y

Susana Sarandí, en una de sus tantas vidas inmediatamente anteriores, habían sido dos apasionados amantes.

Se amaron tanto que –incluso- el Amor se había puesto celoso.

Bacatá, año dos mil diecisiete.
En un día que otra latitud festeja otra Primavera.



El Olvidadizo (antípoda de Funes, homónimo del General San Martín)

Era de madrugada cuando tomó conciencia de la mala hora. Chequeó sus pertenencias, y aquellas que no le pertenecían pues iban como entregas de regalo para varios de sus amigos. Miró de reojo un reloj colgado en la pared y de un zarpazo cerró sus valijas. Corría detrás del tiempo intentando alcanzar la utopía. Se hacía cada vez más tarde. Ya había oído la bocina del auto que lo aguardaba en la calle, al menos tres veces. Estaba equivocado. En realidad fueron cuatro. Llegando al aeropuerto sintió por primera vez la seguridad de haber olvidado algo. Pero por más que revisaba, una y otra vez ratificaba llevar todas las cosas consigo. La sensación inamovible, persistía. Intranquilo, atravesó la oficina de migraciones. Pero ni siquiera el papeleo y la prisa pudieron diluir la inseguridad de haber dejado algo atrás. Cinco días y ocho mil kilómetros después, al fin supo que había dejado el alma. Con el tiempo, al olvidadizo homónimo del General San Martín, antípoda de Funes, le vino a la memoria que, durante su pasajera estadía, había escondido el corazón justo detrás del alma olvidada. Entonces, otra vital pertenencia había corrido la misma desafortunada suerte. Ningún reclamo por esos objetos perdidos alguna vez fue radicado. Extraoficialmente.

Buen Ayre, 14 de diciembre de 2017.